

La santidad como horizonte para el mundo actual

Luis Manuel Romero García

Comisión Episcopal para los Laicos, Familia y Vida
Conferencia Episcopal Española

Introducción

En primer lugar, quiero agradecer a la Delegación de Apostolado Seglar de Sevilla, el servicio que está prestando en esta Archidiócesis, animando y dinamizando el apostolado seglar y de un modo particular agradezco la invitación que me han realizado para participar en esta sesión del Seminario de Estudios Laicales, que tiene como trasfondo el tema de la Santidad en el mundo actual.

Para mí es una enorme satisfacción compartir con ustedes esta tarde y unas palabras en las que va contenido mi reconocimiento sincero y admiración por la labor pastoral que desempeñáis los laicos, en esta archidiócesis. Mi deseo es animaros en el empeño de seguir anunciando el evangelio como laicos en la Iglesia y en el mundo.

Quiero comenzar mi exposición con un texto de A. Saint-Exupéry, El Principito: «Si quieres construir un barco, no empieces por buscar madera, cortar tablas o distribuir el trabajo. Transmite primero en los hombres y mujeres el anhelo del mar libre y ancho».

Voy a compartir con vosotros cuál es ese mar libre y ancho que anhelamos como laicado en la Iglesia y en el mundo, es decir, cuál es la meta, el horizonte, para el que ciertamente habrá que construir un barco (estamos organizando un Congreso Nacional de Laicos, 14-16 de febrero de 2020), y utilizar materiales (documento-cuestionario) y distribuir trabajos.

Os invito a soñar en ese mar libre y ancho. Soñemos con un laicado en acción, con un Pueblo de Dios santo en salida ... pensemos que es posible vivir el sueño misionero de llegar a todas las personas. Mi intención, esta tarde, es suscitar en vosotros el anhelo de la santidad, una santidad comunitaria y misionera, evangelizadora...porque este es el sueño que debemos perseguir.

1. El sueño del Dios de Jesucristo

Queremos hacer realidad el sueño de Dios, de Jesucristo para sus discípulos, para la Iglesia, para nosotros: “Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación” (Mc 16,15). Un sueño que tiene como punto de partida la santidad. Porque no es posible pensar en la evangelización sin concebirla como un camino de santidad.

“La santidad es el rostro más bello de la Iglesia” (GE 9). La voluntad de Dios es “nuestra santificación” (1 Tes 4,3), este es su anhelo, su sueño. “En la vida existe una sola tristeza, la de no ser santos” (GE 34).

No lo olvidemos, el Señor nos ha elegido para que seamos santos evangelizadores, misioneros. “Cada santo es una misión; es un proyecto del Padre para reflejar y encarnar, en un momento determinado de la historia, un aspecto del Evangelio” (GE 19).

2. El sueño de la Iglesia desde el C. Vaticano II hasta el Papa Francisco

Y veinte siglos después del mandato misionero de Jesús y de esa llamada suya universal a la santidad, se produce en la Iglesia una nueva primavera, un nuevo pentecostés, con el Concilio Vaticano II.

El Espíritu Santo, en ese momento, nos invita a soñar con una Iglesia pueblo de Dios, comunión, evangelizadora, en diálogo-coloquio con el mundo, con “los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, que son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón” (GS 1).

Y este Concilio va dedicar el capítulo V de la Constitución Dogmática *Lumen Gentium* a subrayar la vocación universal a la santidad en la Iglesia. Todos los fieles en todos los estados (no sólo los consagrados, como se pensaba antes) y en todas las circunstancias de la vida son llamados a la santidad (cf. LG 41).

La Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi* (1975) es el documento que mejor resume el impulso evangelizador que propuso el Concilio Vaticano II. Pablo VI señalaba que “evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar...” (n. 14).

Más tarde Juan Pablo II introducirá el término “nueva evangelización” (Haití, 1983), para referirse a lo que él consideraba como el gran desafío para la Iglesia universal. La nueva evangelización consistía en “nuevos métodos, nuevo ardor y nuevo lenguaje”.

Posteriormente, nacerá la Exhortación Apostólica *Christifideles laici*, (1988), vademécum del laicado, articulada en cinco claves: comunión, misión, participación, formación y santidad. Esta Exhortación señala que la primera y fundamental vocación de los fieles laicos es la vocación a la santidad, que hunde sus raíces en el bautismo, y “está ligada íntimamente a la misión y a la responsabilidad confiadas a los fieles laicos en la Iglesia y en mundo” (ChL 17). Es decir, la vocación a la santidad sólo se comprende como una santidad para la misión.

El papa Benedicto XVI, como su predecesor, tiene un interés muy grande en la misión, la Nueva Evangelización, que considera “una llamada a todos los cristianos a renovar nuestra identidad y el entusiasmo por la fe que profesamos”. Por eso al final de su pontificado, octubre de 2012, convocó un Sínodo de Obispos, bajo el lema “la nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana”.

Fruto de las aportaciones de ese Sínodo y de las intuiciones personales del actual Papa Francisco, nació la Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium* (2013), que está focalizada en la actividad evangelizadora de la Iglesia, tomando como modelo una imagen de gran dinamismo: “una Iglesia en salida de sí misma”. El camino iniciado en *Evangelii gaudium* se completa con la Exhortación Apostólica *Gaudete et exsultate*, sobre la vocación universal a la santidad, una santidad entendida en clave misionera, concebida en ese dinamismo de Iglesia en salida, como parte de un programa pastoral de implementación del Vaticano II en los albores del siglo XXI.

3. El sueño del Papa Francisco: una Iglesia santa “en salida”

El Papa Francisco ha dicho que tiene un sueño para la Iglesia de Cristo: que sea una Iglesia misionera, una Iglesia en salida, una Iglesia que vive como Pueblo santo fiel de Dios.

El cambio de época, según el Papa Francisco, nos está pidiendo un nuevo talante evangelizador, que consiste en una conversión pastoral misionera. La conversión pastoral se caracteriza porque sitúa el centro de la evangelización no en los agentes, en los sujetos, sino en los destinatarios. Se trata de evangelizar desde la situación de los “otros”, desde sus alegrías y sufrimientos. Un giro en la acción pastoral que vive y piensa el Evangelio desde aquellos para quienes está destinado.

Como afirma el Papa Francisco, este nuevo talante evangelizador “...pretende abandonar el criterio pastoral del “siempre se ha hecho así”. Invito a todos a ser audaces y creativos en esta tarea de repensar objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades” (EG 33).

El Papa Francisco desea que la Iglesia se ponga en clave evangelizadora, misionera y subraya que todo el Pueblo Santo de Dios está implicado en el camino misionero: pastores y laicos, junto con los consagrados. Y el Papa insiste en señalar a todo bautizado como discípulo misionero. “Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos “discípulos” y “misioneros” sino que somos siempre, “discípulos misioneros” (EG 120).

Y cuando hace mención a los laicos, discípulos misioneros, se refiere al laicado asociado y no asociado (catequistas, jóvenes, familia, caritas, liturgia, consejos de pastoral, hermandades y cofradías...).

El sueño del Papa Francisco para la Iglesia actual, el pueblo santo fiel de Dios pone el acento en varias cuestiones que desarrollo brevemente, a continuación, y están en la base de la preparación del Congreso de Laicos, que celebraremos del 14 al 16 de febrero de 2020. Me refiero a tres claves fundamentales: vocación-comunión y misión. A las cuales se unen otros aspectos que son también importantes: el discernimiento, el acompañamiento y la formación.

3.1. Repensar nuestra vocación bautismal a la santidad: unión con Cristo y con la Iglesia

En primer lugar, como punto de partida, considero que debemos tomar conciencia de nuestra vocación inicial, que parte del bautismo, tiene como meta la santidad y consiste en una mayor unión con Cristo y con la Iglesia.

a) Unión con Cristo

La verdadera fecundidad evangelizadora de los laicos, como la de los sacerdotes, depende de su unión con Cristo, de que en su vida se haya producido y se siga produciendo un encuentro personal con Cristo resucitado.

Sólo desde su unión vital con Jesucristo, el laico puede llegar a ser un sarmiento fecundo en la vida de la Iglesia y del mundo, porque lo que estamos llamados a anunciar a los demás no son ideas o ideologías, sino a Jesucristo, su Evangelio. “En la medida en que se santifica, cada cristiano se vuelve más fecundo para el mundo” (GE 33).

Por esto, es también tan importante el tema del primer anuncio en la Iglesia y en esta línea se sitúan los nuevos métodos de evangelización que tanto éxito están teniendo a nivel pastoral en nuestra Iglesia española: Cursillos de Cristiandad, Emaús, Effetá, grupos Alpha, Hakuna, Proyecto Conyugal...

Del bautismo brota nuestra llamada a la santidad, que se debe alimentar con la oración (no creo en la santidad sin oración) y con la Eucaristía.

Por el bautismo nos convertimos en hijos de Dios, templos vivos del Espíritu Santo y somos miembros de un solo cuerpo en Cristo, de la Iglesia, del Pueblo de Dios. Es decir, el bautismo nos hace ser y sentirnos todos Iglesia y partícipes del triple oficio de Cristo: sacerdotal, profético y real.

b) Identidad eclesial

No podemos obviar el sacramento del bautismo, porque aquí se encuentra también la base para una nueva concepción del laico en la Iglesia.

Antes del Concilio Vaticano II, la Iglesia se concebía como una estructura piramidal, cuyo fundamento radicaba en el sacramento del orden y desde ahí se entendía al laico como subordinado a la jerarquía.

El Concilio Vaticano II, en la Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, en el capítulo II, sobre el Pueblo de Dios, no sólo destaca la común dignidad de todos, sino que va a establecer un cambio de paradigma eclesiológico, porque a partir de ahora el fundamento de la Iglesia radica en el sacramento del bautismo y no del orden sacerdotal. Por eso, en la actualidad el sacerdote y el religioso se definen respecto al laico y no al revés, puesto que para recibir el sacramento del orden o entrar en la vida religiosa se requiere como condición indispensable el bautismo, que es lo que te concede la condición laical.

El Papa Francisco afirma: “Mirar al Pueblo de Dios, es recordar que todos ingresamos a la Iglesia como laicos. El primer sacramento, el que sella para siempre nuestra identidad y del que tendríamos que estar siempre orgullosos es el del bautismo. Nuestra primera y fundamental consagración hunde sus raíces en nuestro bautismo. A nadie han bautizado cura, ni obispo. Nos han bautizados laicos y es el signo indeleble que nunca nadie podrá eliminar. Nos hace bien recordar que la Iglesia no es una élite de los sacerdotes, de los consagrados, de los obispos, sino que todos formamos el Santo Pueblo fiel de Dios. (Carta del papa Francisco al Cardenal Marc Ouellet. 19 de marzo de 2016).

3.2. La comunión-sinodalidad

Un segundo aspecto importante es el tema de la comunión.

A la luz del C. Vaticano II (*Lumen gentium*) se subraya que la Iglesia es primero, antes que todo, el Pueblo de Dios, de la que forman parte la jerarquía y los laicos. De este modo se pusieron las bases de una eclesiología de comunión, en la que todos los miembros de la Iglesia participamos y somos corresponsables.

Los laicos no son cristianos de segunda clase, al servicio de la jerarquía y simples ejecutores de órdenes que provienen de arriba, sino que como discípulos de Cristo, por el bautismo, están llamados a animar todo ambiente, toda actividad, toda relación humana según el espíritu del Evangelio (LG 31).

Para ir construyendo la comunión en la Iglesia, tenemos que implementar un talante nuevo, que en palabras del Papa Francisco se denomina: sinodalidad (caminar juntos).

La sinodalidad es el camino que la Iglesia del siglo XXI está invitada a transitar. No estamos tanto ante un tema para reflexionar, sino más bien frente a una actitud, un modo de trabajar juntos en la Iglesia. “La puesta en acción de una Iglesia sinodal es el presupuesto indispensable para un nuevo impulso misionero que involucre a todo el Pueblo de Dios” (DF 118).

La sinodalidad consiste en ir creando un “nosotros” eclesial compartido, es decir, que todos sientan como propia la biografía de la Iglesia. Al Papa Francisco le gusta decir mucho que la Iglesia de Jesucristo es un pedregal maravilloso (Cf. CV 207).

Estamos llamados a recorrer la senda del caminar juntos y fortalecer las relaciones. El Papa Francisco en el Sínodo de los Jóvenes ha insistido en la importancia de cuidar las relaciones personales: “no basta, pues, con tener estructuras, si no se desarrollan en ellas relaciones auténticas; es la calidad de estas relaciones, de hecho, la que evangeliza” (DF 129).

El Papa Francisco, en *Gaudete et exsultate*, habla de una santidad comunitaria, compartida, en familia o en comunidad religiosa, una santidad que se forja en las relaciones y en los pequeños detalles que aportan un clima fraterno y divino a las relaciones cotidianas (las palabras permiso-por favor, gracias y perdón). “Un proverbio africano dice: Si quieres andar rápido, camina solo. Si quieres llegar lejos, camina con los otros. No nos dejemos robar la fraternidad” (Cf. CV 167).

Para poder crecer en sinodalidad es necesario que todos nos sintamos partícipes, corresponsables en la misión de la Iglesia. Que aprendamos a trabajar no por oficinas, sino por proyectos, que son los que nos ayudan a ir creciendo en la búsqueda de objetivos y logros comunes.

La sinodalidad nos hace sentirnos corresponsables en la misión de la Iglesia. Lo cual nos lleva también a esforzarnos y comprometernos en esa tarea que la Iglesia nos encomienda. Los laicos reclaman sinodalidad, participación y corresponsabilidad, pero no olvidemos las exigencias que esto comporta: tiempo, formación, compromiso público...

El tema de la sinodalidad y la corresponsabilidad en la Iglesia nos llevan a evitar caer en la tentación del clericalismo y a reconocer el protagonismo de la mujer en la Iglesia.

a) El clericalismo

El Papa Francisco ha exhortado en más de una ocasión a evitar la tentación del clericalismo, que no es una tentación exclusiva del clero, sino que afecta también a los laicos y por eso se denomina: tentación cómplice.

El clero cae en esta tentación cuando se siente superior a los laicos y se aleja de la gente. También cuando valora la adulez del laico teniendo en cuenta la cantidad de tiempo y energías que dedica a trabajar en la parroquia, olvidando que la acción del laico no se desarrolla primariamente allí, sino en la vida cotidiana (familia, trabajo...). Con frecuencia la multiplicación de los laicos en servicios sólo intraeclesiales deja entrever una imagen de los laicos, como servidores de los sacerdotes.

Afirma el Papa Francisco: Muchas veces hemos caído en la tentación de pensar que el laico comprometido es aquel que trabaja en las obras de la Iglesia y/o en las cosas de la parroquia o de la diócesis... Sin darnos cuenta, hemos generado una elite laical creyendo que son laicos comprometidos solo aquellos que trabajan en cosas “de los curas” y hemos olvidado, descuidado al creyente que muchas veces quema su esperanza en la lucha cotidiana por vivir la fe. Estas son las situaciones que el clericalismo no puede ver, ya que está muy preocupado por dominar espacios más que por generar procesos” (Carta al CAL).

Pero a veces son los laicos los que caen en la tentación del clericalismo cuando piensan que su contribución a la Iglesia es de segundo orden o que en todas las cosas “el sacerdote sabe más”. Este tipo de planteamiento lleva a que los laicos caigan en el clericalismo, porque en el fondo es una postura cómoda, te complica menos la existencia. Y esto sucede hasta el punto de que a algunos laicos lo que más le preocupa en su vida cristiana, para su participación en la misión de la Iglesia, es el poder estar más o menos cerca del altar y disputar al sacerdote alguna de sus funciones, más que su compromiso en el matrimonio y la vida familiar, en el mundo del trabajo, en una ciudadanía activa, responsable y solidaria.

El Papa Francisco, en *Christus vivit*, afirma con rotundidad que: “la vocación laical es ante todo la caridad en la familia, la caridad social y la caridad política” (168).

Es evidente que esta tentación cómplice de clericalismo se supera desde una eclesiología de comunión, en la que se entienda la vocación de los laicos y de los sacerdotes desde la complementariedad y definiendo la identidad de cada una de estas vocaciones.

Cuando el Papa Francisco habla de la santidad, la define como una vocación universal, no reservada al clero o a la vida religiosa, sino también a los laicos. “Para ser santos no es necesario ser obispos, sacerdotes, religiosas o religiosos. Muchas veces tenemos la tentación de pensar que la santidad está reservada solo a quienes tienen la posibilidad de tomar distancia de las ocupaciones ordinarias, para dedicar mucho tiempo a la oración. No es así. Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentre” (GE 14”).

b) El protagonismo de la mujer en la Iglesia

En este tema de la mujer en la Iglesia es necesario no realizar juicios apresurados e inexactos. No podemos olvidar que Dios eligió a una mujer sencilla, María, para llevar a cabo el misterio de la encarnación y que en la Biblia la mujer no ocupa un papel marginal, teniendo en cuenta el marco geográfico e histórico en el que fue escrita.

También, durante muchos siglos, el cristianismo ha sido el único ámbito donde las mujeres han podido estudiar, hablar y contribuir a la construcción de la tradición cultural. El cristianismo es la primera y la única religión que ha dado igual valor espiritual a mujeres y hombres.

Desde comienzos del siglo XX, cuando se afirma la liberación de la mujer en las sociedades occidentales, la Iglesia ha permanecido ajena a este cambio, que, sin embargo, ella misma había promovido.

Se trata de que la Iglesia en el momento actual recupere esta cuestión, descubriendo el apor-

te tan importante de las mujeres en la tarea evangelizadora y ofreciéndoles también una palabra en la toma de decisiones, para que no sientan que en la Iglesia ocupan el último banco (Lucetta Scaraffia, Desde el último banco).

Pienso también que el protagonismo y la participación corresponsable de las mujeres en la Iglesia debe realizarse sin tener que vincularse al tema del sacerdocio femenino.

El Papa Francisco insiste en que tenemos aún que dar pasos en este sentido y opina que hay que hacer una profunda Teología de la mujer.

También destaca, en GE, que la santidad de Dios en este mundo se releja a través del genio femenino, la santidad de tantas mujeres conocidas (santa Brígida, santa Catalina de Siena, santa Teresa de Ávila) y otras desconocidas u olvidadas (Cf. GE 12).

Además, el Papa manifiesta, en otro lugar, que es urgente «estudiar criterios y modalidades nuevas para que las mujeres no se sientan invitadas sino participantes a título pleno en los distintos ámbitos de la vida social y eclesial. Este desafío no se puede retrasar más».

3.3. La presencia en la vida pública

El Papa Francisco sueña con una “Iglesia en salida”, en la que los laicos, que son la inmensa mayoría del Pueblo de Dios, sean un laicado en salida, en acción. “Necesitamos –subrayó– laicos bien formados, animados por una fe sincera y límpida, cuya vida haya sido tocada por el encuentro personal y misericordioso con el amor de Cristo Jesús. Necesitamos laicos que se arriesguen, que se ensucien las manos, que no tengan miedo de equivocarse, que salgan adelante” (Discurso del Papa Francisco a los participantes en el Consejo Pontificio para los laicos, 17/06/ 2016).

Todo esto se denomina, a la luz del C. Vaticano II, índole o carácter secular del laico, que se afirma que no es exclusivo del laicado, aunque sí propio y peculiar. Es cierto que los laicos viven y están más en contacto con el mundo que los sacerdotes, por las condiciones ordinarias de la vida familiar y social. Pero hay que intentar evitar el pensar que el campo propio del laico es el mundo, el de los pastores es la Iglesia y el de los religiosos el testimonio escatológico. Porque si la Iglesia está en el mundo, deben de estar todos sus miembros y porque la secularidad es una propiedad que pertenece a toda la Iglesia

En la Exhortación Apostólica *Gaudete et exsultate*, el Papa Francisco propone un modelo de santidad que es propio de la vida apostólica, del despliegue misionero, de la Iglesia en salida, de la vida cristiana entendida como misión. “Tú también necesitas concebir la totalidad de tu vida como una misión” (GE 23).

Es una santidad que se lleva a cabo en vida cotidiana, en el contexto actual: al hacer la compra en el mercado, caminando por la calle, en el lugar de trabajo con los compañeros, en las relaciones familiares. Consiste en hacer las cosas ordinarias de un modo extraordinario. “Esa es muchas veces la santidad de la puerta de al lado, de que aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios, o, para usar otra expresión, la clase media de la santidad” (GE 7).

La santidad en salida que nos propone el Papa Francisco es una santidad que se sabe en combate contracultural contra los dioses de nuestra cultura, contra algunos de sus valores, contra supuestos obvios de la cultura. Por eso es actual: porque se enfrenta a las tentaciones más obvias de la cultura actual, que tiene sus orígenes en los primeros siglos de la vida de la Igle-

sia: el gnosticismo (la fe como una idea o un sentimiento subjetivo) y el pelagianismo (la fe como sólo cumplimiento de normas, ritos o costumbres para lograr mi salvación). Y a otras tentaciones propias de nuestra cultura: como la ansiedad nerviosa y violenta, la negatividad y la tristeza, la acedia consumista, el individualismo y la falta de verdadero encuentro con Dios (capítulo 4 de GE).

Por último, esta santidad misionera es una santidad sellada por la misericordia, como fue la santidad de Jesucristo. Una santidad que se compadece de los que están en las cunetas de la historia, en las periferias de la sociedad, de los pobres, de los apaleados por la vida, el infortunio, los que lloran o sufren por cualquier causa injusta. Una santidad que se verifica en la puesta en práctica de las bienaventuranzas y del gran protocolo del capítulo 25 del evangelio de san Mateo.

3.4. El discernimiento, como actitud

La actitud para descubrir cuál es la vocación laical, cómo vivir la comunión y su misión en la Iglesia y en la sociedad, es el discernimiento, en sus dos dimensiones: personal y comunitario.

El discernimiento es una herramienta fundamental para que la Iglesia, por tanto, también los laicos, lleven a cabo su misión evangelizadora, sin quedarse en bellos propósitos o buenas intenciones.

El Papa Francisco nos insta a concebir la totalidad de nuestra vida como una misión y para descubrir cuál es esa misión concreta que el Señor nos está pidiendo nos propone como método: el discernimiento. Este método, dice el Papa Francisco “nos lleva a reconocer los medios concretos que el Señor predispone en su misterioso plan de amor, para que no nos quedemos solo en las buenas intenciones” (GE 169). Por eso, “[e]s preciso esclarecer aquello que pueda ser un fruto del Reino y también aquello que atenta contra el proyecto de Dios. Esto implica no sólo reconocer e interpretar las mociones del buen espíritu y del malo, sino —y aquí radica lo decisivo— elegir las del buen espíritu y rechazar las del malo” (EG 51).

El discernimiento no supone solamente una buena capacidad de razonar o un sentido común, es también un don que hay que pedir, una gracia (GE 166). Además, para que este proceso de discernimiento pueda llevarse a cabo necesitaremos de un estilo caracterizado por la escucha fraterna y el diálogo intergeneracional en todas sus fases (el Papa insiste mucho en el diálogo y enriquecimiento mutuo entre jóvenes y mayores en la Iglesia).

Esta hora del discernimiento nos debe llevar a preguntarnos con sinceridad: ¿qué nos pide el Señor?, ¿cómo llevar adelante e impulsar la acción de los laicos en aquellas experiencias fundamentales como son la familia, la educación, el mundo del trabajo, la presencia en la vida pública?, ¿cómo acompañar realmente a los laicos en su misión en la Iglesia y en el mundo? ¿Qué lugar ocupa el Apostolado seglar en nuestras iglesias locales?, ¿cómo asumimos la presencia de la mujer, de los jóvenes y la pastoral del mayor en la vida de la Iglesia?

“Tú tienes que descubrir quién eres y desarrollar tu forma propia de ser santo, más allá de lo que digan y opinen los demás. Llegar a ser santo es llegar a ser más plenamente tú mismo, a ser ese que Dios quiso soñar y crear, no una fotocopia” (CV 162).

El objetivo es que el discernimiento nos ayude a leer “los signos de los tiempos”, a mirar la realidad actual de la Iglesia y del laicado con esperanza y también con empeño. Es decir, el

discernimiento, sobre todo, nos debe llevar a mirar hacia adelante, al futuro, a la acción, a la misión y a realizar este ejercicio con alegría y esperanza (GE 175).

3.5. El acompañamiento

Otra cuestión importante es el tema del acompañamiento. La palabra clave en el tema del acompañamiento es la empatía, que significa ponerse en el lugar del otro, descubrir el valor del otro, mostrar lo bueno del otro (apoyo emocional). Para la empatía es fundamental la escucha y la comunicación, de modo que el acompañado se sienta mirado como persona. El acompañamiento debe ser integral, en todas las dimensiones: personal, comunitaria, intelectual y espiritual.

¿Quién acompaña? No sólo el sacerdote, también una persona de la vida religiosa, un laico, una comunidad cristiana, un movimiento y asociación.

Los laicos demandan ser acompañados por la Iglesia, por las comunidades cristianas y también por los pastores, en su misión en la vida secular, que no es nada fácil.

En relación al tema del acompañamiento de los laicos en la vida pública, el Papa Francisco escribe que: “No es nunca el pastor el que le dice al laico lo que tiene que hacer o decir, ellos lo saben tanto o mejor que nosotros... Obviamente es imposible pensar que nosotros como pastores tendríamos que tener el monopolio de las soluciones para los múltiples desafíos que la vida contemporánea nos presenta. Al contrario, tenemos que estar al lado de nuestra gente, acompañándolos en sus búsquedas y estimulando esta imaginación capaz de responder a la problemática actual” (Carta del Papa Francisco al Cardenal Marc Ouellet, 2016).

Y que los laicos acompañen también a los sacerdotes... Como sacerdote también descubro que es una riqueza sentirme acompañado por laicos maduros y comprometidos, que me ayudan a ser cada día mejor cura y poder “oler a ovejas”, como tantas veces nos dice el Papa Francisco. Por eso el acompañamiento en la Iglesia debe ser un camino de doble dirección entre los pastores y los laicos.

3.6. La formación

El tema de la formación del laicado es una constante desde hace muchos años y sigue siendo uno de los grandes retos y desafíos, de los grandes sueños en este momento eclesial.

Debemos tomar conciencia de la importancia, urgencia y necesidad de una formación seria e integral de los fieles laicos. Se trata de una formación que además de “saber” vaya dirigida al “hacer”, a la acción, a la misión. Y una formación para y en la Iglesia, generadora de comunión.

4. El sueño de la CEE en el tema del laicado

En la reciente historia de la Conferencia Episcopal Española (algo más de cincuenta años) también se ha soñado con el tema del laicado. Son múltiples los documentos que ésta ha dedicado al tema del laicado. Estos documentos tienen su origen en el año 1972, “Orientaciones Pastorales del Episcopado Español sobre Apostolado Seglar” y su culminación en la Instrucción “Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo” (1991). En el camino se encuentran también otros textos conocidos y de gran influencia para el tema del laicado en España: “Testigos del Dios vivo” (1985); “Los católicos en la vida pública” (1986); “La verdad os hará libre (Jn 8,32) (1990)”.

La Conferencia Episcopal Española, entre los años 2016-2020, está siguiendo un Plan Pastoral bajo el título Iglesia en misión al servicio de nuestro pueblo. En el Plan Pastoral afirman nuestros obispos: “Somos conscientes de que en España la Iglesia está también llamada por el Señor a una conversión misionera” (Plan Pastoral, 10). Y, en este sentido, invitan (a los laicos) a asumir el protagonismo que les corresponde en este proceso de renovación en virtud del mismo bautismo (Plan Pastoral, 12).

El Plan de Pastoral de la CEE (2016-2020) prevé, a la finalización del mismo, la celebración de un Congreso, al que se convocará a todo el Pueblo de Dios –obispos, presbíteros, consagrados y laicos–.

En la Asamblea Plenaria (abril 2018), los obispos decidieron que el Congreso que se iba a celebrar se centrara en el tema del laicado y encargaron la organización a la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar de la Conferencia Episcopal Española.

5. ¿Cómo hacer realidad el sueño misionero hoy? Un Congreso Nacional de Laicos: Pueblo de Dios “en salida”

El Congreso de Laicos que se está preparando en nuestra Iglesia española, como no podía ser de otra manera, desea subrayar esas claves que hemos ido apuntando y que se encuentran muy presentes en el Papa Francisco.

Lo que se persigue es la meta de la santidad, que es ese mar ancho y libre, ese sueño de una Iglesia, un pueblo santo de Dios en salida. Esta perspectiva no la podemos perder de vista: lo importante no es un Congreso, sino que el proceso que iniciamos nos ayude a crecer en santidad, a ser una Iglesia y un laicado en salida, evangelizadores que hemos descubierto a Cristo como Buena Noticia para nuestras vidas y queremos a darlo a conocer a todos.

Desde estas claves, el Congreso se plantea como un proceso, no como un evento, porque “el tiempo es superior al espacio” y lo importante es suscitar y acompañar procesos, no imponer trayectos o recetas.

Por eso, nos interesa mucho el trabajo del precongreso, que se realizará en el ámbito diocesano y el post-congreso, de nuevo a nivel diocesano. El Congreso en sí será un hito en este camino y será, sin lugar a dudas, enriquecedor para los que participen, representando a sus diócesis, movimientos y asociaciones. Se celebrará los días 14-16 de febrero, en el Palacio de Cristal (Madrid) y en él se priorizará el trabajo de cuatro itinerarios que nos atañen a todos: el primer anuncio, el acompañamiento, los procesos formativos y la presencia en la vida pública. También habrá ponencias que nos sirvan de contexto para la reflexión en grupos. Todo el Congreso tendrá dos líneas transversales fundamentales: la sinodalidad (comunidad) y el discernimiento.

Para llevar a cabo la difusión (gran parte del éxito de este proceso), se ha elaborado una página web (www.pueblodediosensalida.com) un vídeo promocional, trípticos, una oración... También se va a dar publicidad en las redes sociales, se elaborarán vídeos, podcast-cuñas publicitarias en radio y TV, folletos informativos, cartelería...

Resulta fundamental la implicación de todos en este proceso: obispos, sacerdotes, miembros de la vida consagrada y laicos.

Y os animo a verlo como una oportunidad para la reflexión sobre un tema común a todos: un mayor crecimiento en nuestra vocación a la santidad en medio del mundo actual, el impulso misionero de nuestra fe cristiana, y por qué no un paso adelante en la dinamización del laicado en España.

Conclusión: una santidad alegre

El motor de la evangelización es la alegría, el optimismo, el entusiasmo, la esperanza, el sentido del humor... que tiene su fundamento en la alegría de Cristo y siempre es una alegría misionera (EG 1). No solamente «un santo triste es un triste santo» (dicho adjudicado a Santa Teresa), sino que un apóstol triste, un discípulo misionero triste no difunde la buena noticia, no evangeliza. No caigamos en posturas derrotistas, catastrofista, pesimistas... es que somos pocos, somos siempre los mismos, somos muy mayores... “El santo, sin perder el realismo, ilumina a los demás con un espíritu positivo y esperanzador” (GE 122).

Os invito en este momento importante para la vida de nuestra Iglesia, en el que nos preparamos para celebrar un Congreso de Laicos, a que no nos dejemos robar la alegría y la esperanza, que como dice Bernanos son “los más preciados de los elixires del demonio”.

El Papa Francisco ha dicho que tiene un sueño para la Iglesia de Cristo: que sea una Iglesia misionera, una Iglesia en salida, una Iglesia que vive como Pueblo de Dios: Pueblo de Dios santo y fiel, en comunión. Soñemos pensando que esta realidad es posible. Como dice el Papa Francisco: “tenemos necesidad de laicos con visión de futuro, no cerrados en las pequeñeces de la vida... tenemos necesidad de laicos con sabor a experiencia de vida, que se atreven a soñar...” (Discurso del Papa Francisco a los participantes en el Consejo Pontificio para los laicos, 17/06/ 2016).

Os animo a vivir un sueño, el sueño misionero de llegar a todas las personas, de un laicado en acción, que sea Pueblo santo de Dios en salida...¡¡¡soñemos, soñemos con alegría!!!

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

- CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática Lumen Gentium, Vaticana, Roma 1965.
- CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral Gaudium et Spes, Vaticana, Roma 1965.
- PABLO VI, Exhortación Apostólica Evangelii nuntiandi, Vaticana, Roma 1975.
- JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica Christifideles laici, Vaticana, Roma 1988.
- BENEDICTO XVI, Sínodo de Obispos, “La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana”, 2012.
- FRANCISCO, Exhortación Apostólica Evangelii gaudium, Vaticana, Roma 2013.
- FRANCISCO, Carta al Cardenal Marc Ouellet. 19 de marzo de 2016.
- FRANCISCO, Discurso a los participantes en el Consejo Pontificio para los laicos, 17/06/ 2016.
- FRANCISCO, Exhortación Apostólica Gaudete et exsultate, sobre la vocación universal a la santidad, Vaticana, Roma 2018

- FRANCISCO, Documento final del Sínodo de los Jóvenes, Roma 2018.
- FRANCISCO, Exhortación Apostólica *Christus vivit*, Vaticana, Roma 2019.
- CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Orientaciones Pastorales del Episcopado Español sobre Apostolado Secular, BAC, Madrid 1972.
- CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, “Testigos del Dios vivo”, Edice, Madrid 1985.
- CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, “Los católicos en la vida pública”, Edice, Madrid 1986.
- CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, “La verdad os hará libre (Jn 8,32), Edice, Madrid 1990.
- CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo. “Id también vosotros a mi viña” (Mt 20,4), Edice, Madrid 2008.
- CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Iglesia en misión al servicio de nuestro pueblo. Plan Pastoral (2016-2020), Edice, Madrid 2016.